

UN ASUNTO MUY RESBALADIZO A VERY SLIPPERY SUBJECT

Arturo Acero Pizarro, PhD.
Universidad Nacional de Colombia sede Caribe

Quintero Díaz. (8 de enero de 2022). De una isla del Caribe al plato de sushi: el millonario negocio de pescar anguilas. Periódico el Espectador

Un interesante y bastante fidedigno artículo publicado por “El Espectador” a comienzos del año (Quintero Díaz, 2022) presentó la macondiana situación existente en los dos países que se reparten La Española, la segunda isla en tamaño de las Antillas, Haití y República Dominicana. El novedoso producto de exportación de esas naciones son las angulas de la anguila americana, *Anguilla rostrata*, la única especie de esta familia de peces óseos presente en nuestro continente. Las anguilas verdaderas existen solamente en el costado oriental del continente americano, desde Canadá hasta al menos Venezuela, pero están ausente del costado occidental de Colombia y en general de cualquier litoral sobre el Pacífico tropical oriental. El tráfico de esos seres vivos muestra un inusitado parecido al de otros productos naturales de nuestras naciones, controladas por élites antidemocráticas, permanentemente dedicadas a la expoliación de sus poblaciones y de sus recursos renovables y no renovables. Productos tales como la cocaína y el coltán que nutren la insaciable lujuria de la suicida sociedad hiperconsumista que nos agobia.

La lectura de ese documento periodístico trajo a mi memoria un extraño encuentro que sostuve hará algo más de un lustro con un personaje, a la vez bastante peculiar. Se trataba de un abogado estadounidense de aspecto y acento claramente latinos, cubano o boricua ya lo olvidé, formalmente vestido. El picapleitos en mención llegó a mi oficina samaria y se acercó a mi escritorio presentándose como representante de una compañía japonesa interesada en información sobre las poblaciones de anguilas de los ríos de nuestro Caribe. Sus preguntas produjeron en mi un ligero estremecimiento, menor en todo caso comparado con el causado por sus aclaraciones. Él pedía saber datos sobre sitios donde hubiesen sido detectadas las anguilas y épocas del año cuando ocurriesen eventos importantes de su ciclo de vida. Por supuesto, mentí a conciencia al negar saber ninguna cosa de lo que se me interrogaba; varias décadas lidiando con diferentes usuarios y explotadores de nuestros recursos naturales marinos me han hecho desconfiado al extremo. Sabemos perfectamente en cuales hábitats dulceacuícolas es factible localizar a estos resbaladizos seres, pero es evidente que esa información es invaluable.

Sin embargo, aún me faltaba entender el corazón del problema. Pregunté a mi interlocutor, ocultando mis prevenciones, si sus patrones planeaban la captura de ejemplares adultos para exportarlos al lejano oriente. Para nada, me aclaró el consejero, el negocio es capturar las anguilas de cristal cuando ellas se hallan en el proceso de entrar al ambiente léntico, mantenerlas en condiciones de confinamiento casi perfectas y llevarlas a la China. Pero Ud. habla de empresas niponas, lo interpelé, no chinas. Su respuesta, típica del primer cuarto de este siglo XXI, cuando vivimos aún más revolcaos en un merengue que en el XX: en China hay tierra y campesinos pobres, en el archipiélago ni lo uno ni lo otro. En el continente los costos de mantener y criar en humedales controlados las diminutas fases tempranas de las anguilas hasta llevarlas a tamaños comerciales son bajos en relación con los precios alcanzados por los platillos de *una-jû* en los restaurantes tokiotas, supuestamente doscientos dólares. Se me antoja adivinar que eso puede quizá valer un pase de cocaína en la gran urbe de Honshu. El complejo ciclo de vida de las anguilas es tan fascinante que burló el entendimiento de los investigadores europeos durante varios siglos. Solo hasta comienzos del siglo pasado se halló que ocurre con estos peces luego de que abandonan los lagos, jagüeyes y ríos donde habitan y se dirigen al

mar en una migración aparentemente inexplicable. Las anguilas van hasta el mar de los Sargazos, situado en la mitad del océano Atlántico, donde se reproducen por una única vez, pues estas criaturas son semélparas. Entonces, los huevos fecundados eclosionan en la columna de agua, produciendo larvas conocidas como leptocéfalos. Esas larvas son extraordinariamente únicas, ya que luego de un periodo de estiramiento sobreviene otro de encogimiento. Ese proceso, prolongado en el tiempo, alarga la permanencia de las larvas hasta que encuentran la entrada a algún cuerpo de agua de origen continental donde los adultos pueden hacer su vida y alcanzar la madurez sexual (Hastings et al., 2014; Nelson et al., 2016).

Leyendo la crónica ya mencionada de El Espectador vinieron a mi memoria las imágenes que elucubré al oír el discurso prefabricado de mi inesperado visitante. Vislumbré hordas de “pescadores” equipados con costales y mallas sintéticas saqueando de forma inmisericorde los ya de por sí devastados litorales de los despojos de la Gran Colombia. De igual manera, vaticiné a los esbirros fuertemente armados de nuestros inmarcesibles ejércitos privados manteniendo la seguridad del negocio. Y, aún más doloroso, si ello fuese posible, a los funcionarios de los entes nacionales y locales comisionados para resguardar y mantener nuestros recursos naturales entregando, a cambio de 30 monedas de plata, permisos y autorizaciones para pruebas piloto que se tornarán permanentes. Con solo acordarnos que un temible depredador pangásido, el bagre basa proveniente de Vietnam y países vecinos, ya es poseedor de cédula y pasaporte colombianos, es fácil predecir que el arrasamiento de los estuarios septentrionales sería cortesantemente avalado por los encargados de defender a capa y espada el más valioso recurso: nuestras aguas y los seres vivos que en ellas moran.

Ojalá que nuestros victimarios se acuerden algún día de San Francisco de Asís.